

# La figura de Maimónides

por IGNACIO BAUER

Maimónides es la figura capital en la historia errante del pueblo hebreo. Suele decirse: «Desde Moisés a Moisés no ha habido otro Moisés». El primer Moisés es el de la Biblia, la sublime figura de las Tablas de la Ley; el segundo Moisés es Maimónides. El primero es el símbolo del estado hebraico en la tierra prometida. El segundo es el símbolo de la dispersión en que el pueblo hebreo, repartido a través de todas las naciones, ha dejado en ella los mejores tesoros de su espíritu. El primer Moisés creó la patria espiritual de los hebreos asignándoles una misión de apostolado. El segundo les dió los medios para poder realizar esa misión. El primer Moisés creó en cierto modo el espíritu de Jerusalén que buscaba en la unidad de todos los hombres el camino de lo eterno. El segundo se encontró en su tierra andaluza el mismo anhelo en sentido inverso y lo aplicó al hebraísmo. Y así él marcó los derroteros definitivos al pueblo hebreo, pueblo milenarista al que él dió una segunda vida.

Maimónides fué, además, el primer español. Ese tesoro espiritual de realismo y de observación directa de las cosas; ese poder de abstracción de sus cualidades fundamentales, identificadas en último grado con su poder de aprovechar el dolor convirtiéndole en imperecedera fuente de energía; ese sentimiento trágico de la existencia que, rechazando los habituales conceptos de optimismo y pesimismo, pone todo su acento en el sentido de la eternidad, en el anhelo de que el ser no desaparezca, de eternizar el propio yo uniéndolo con el Creador en una fusión de perfecto paralelismo en que el hombre no es materia inerte, sino imagen y semejanza de Dios... Sentimientos esencialmente hispánicos que, a pesar de tener su base estoica en Séneca, solo con Maimónides adquieren poder de eternidad al integrarse en su sistema, al incorporarse a la manera de actuar de los pueblos peninsulares.

Maimónides hizo del anhelo de durar el eje de todo su sistema. Durar por y para Dios. Por y para la humanidad. Empeñarse en seguir siendo lo que se es y en llegar a ser lo que se es y en hacer que

todo lo existente sea como es el que quiere durar. Anheló judío con el que acaso coincide toda la mística castellana y andaluza, mística cristiana o judía. Y perdura hasta nuestros días en autores de tanta personalidad española como Unamuno o Gaiet. O en grandes grupos literarios como el portugués, siempre lleno de «sebastianismo» y mesianismo, de nostalgia y saudade. O sea que Maimónides convertía su anhelo místico en ansia de durar para acercarse mejor a Dios.

Este instinto ha sido el de toda la España fuertemente representativa. ¿Trajo Maimónides a España un alma colectiva de que ésta carecía y que fué desde entonces el espíritu hebraico? ¿O por el contrario, gracias a Maimónides adquirió el pueblo de Israel una segunda vida, recibiendo el injerto del espíritu andaluz, paralelo del espíritu semítico en el Mediterráneo occidental? De todos modos las grandes expansiones del españolismo en el mundo han llevado el sello del misticismo social de Maimónides. Cuando las tropas de los Tercios abandonaron Flandes quedó allí el selio español con el sentimiento de Maimónides, del cual era discípulo (o mejor, prolongación directa) el gran judío-español Spinoza, padre de todo el pensamiento moderno occidental. Spinoza el racionalista, el que aisló la razón, única sustancia pura de sus accesorios y sus accidentes, que son las circunstancias de la vida. Spinoza, que metió su pensamiento en el pensamiento del germano Kant y del hebreo Marx y del filósofo hebreo más conocido en nuestros días: Bergson. En Spinoza y Bergson se perpetúa el anhelo vital de Maimónides, siempre en busca de lo sustancial, que para ellos es Dios, el creador del mundo, el de todas las religiones, o es la razón, o la naturaleza, pero siempre lo mismo en su función bajo diversos nombres.

Así el nombre de Maimónides está en el arranque de todos los problemas, de todos los accidentes del espíritu actual. Si a través de esas circunstancias momentáneas se busca, sin embargo, a lo esencial de Maimónides, lo que le da su razón de ser, su originalidad, su fuerza, acaso pueda definírsele con una sola palabra: Córdoba.

Hay en él mucho del alma de su ciudad natal. Por él puede comprenderse todo el carácter cordobés y los anhelos cordobeses. Al mismo tiempo, Córdoba encuentra en él una de sus representaciones más genuinas. Porque Córdoba ha sido en la Historia el único paralelo posible de Atenas. Hay que reconocer en ella una absoluta categoría de reposo y equilibrio. Todos sus hombres representativos de

todas las épocas han sido emblemas de majestad y aplomo, Córdoba representa en el vasto y espléndido panorama de las Españas a la eternidad. Córdoba es una ciudad segura de sí misma y de la vida. Porque todo lo que hace es fatalismo y siempre se refugia en Dios. Así fué Maimónides, y así fué su ciudad natal, que influyó casi exclusivamente en la gestación de sus pensamientos. Todo el sistema de Maimónides fué buscar la verdad en la razón de cada uno, en lo que lleva uno dentro. De aquí podría salir el culto europeo a la razón. Pero esto era en su origen el fervor cordobés por la hombría, por las cualidades personales del carácter.

*Ignacio Bauer.*

Académico C. de la Real de la Historia.